

ALFAGUARA



Gilles Legardinier

Mañana lo dejo

Traducción de Paula Cifuentes

(...)

## 6

No resulta fácil, pero prometí decir la verdad. Aquí la tienen: a partir de aquel día viví como un animal, presa de la obsesión enfermiza de intentar verlo. Fui al trabajo como una zombi. Ya no sabía ni a quién le dirigía la palabra. Decía sí a todo el mundo. Ni siquiera pagué las facturas. Y todo esto en un día.

Por segunda tarde consecutiva vuelvo corriendo y compruebo que hay correo en su buzón. He perfeccionado la técnica. Levanto la pestaña y con una linterna verifico que no son las mismas cartas del día anterior. ¡Qué locura! Si Hitchcock me hubiera conocido, habría hecho conmigo su mejor película. Monto guardia permanente detrás de la puerta. No como. Intento no ir al baño. Es horrible, pero incluso me he planteado poner un orinal al lado de mi puesto. Juro que no lo he hecho.

Me instalo en mi puesto a las seis y cuarto y no lo abandono hasta las once y media. La vida de un guarda fronterizo en Corea. Vivo el infierno de la espera, la exaltación de la luz de la escalera que se enciende, la excitación de oír pasos. En cada ocasión, la esperanza, las manos húmedas, la adrenalina, el ojo cansado de mirar el mundo como lo ve una trucha. Y, de repente, alguien que aparece y, cada vez, un nervio interior parecido a aquel de cuando tenía seis años y abría los regalos de Navidad esperando encontrar la muñeca que decía «¡yupi!».

Vi pasar a mucha gente. El señor Hoffman, que siempre silba la misma canción, la señora Roudan con su carrito, el profesor de gimnasia del cuarto que se cree un dios del Olimpo, incluso aunque esté solo en la escalera. No me despegué de la puerta. Tenía las marcas de las molduras grabadas en la mejilla. Podría recitar la lista de las idas y venidas de todo el edificio, minuto a minuto. Todo aquello me sirvió al menos para aprender algo: la mala suerte existe. Porque durante todas esas largas horas de acecho, el señor Patatras pasó por delante de mi puerta varias veces, pero en cada ocasión Dios tuvo a bien castigarme por cada uno de mis pecados.

La primera vez pasó a oscuras. La segunda llevaba una gran caja de cartón que le tapaba la mitad del cuerpo. Le vi las piernas, los pies y cuatro dedos. Otra vez, mi madre llamó por teléfono. Y aunque solo hablamos diez segundos, fue bastante para distraerme y él lo aprovechó. Una auténtica maldición.

Pero no os haré perder el tiempo. Terminé por verlo, sí, aunque de un modo tan ridículo que todavía me duele pensarlo. Fue durante el tercer día y, como cada mañana, acudí a la panadería a tomarme un croissant antes de ir a la oficina.

—Buenos días, Julie. Tienes mejor aspecto hoy.

—Buenos días, señora Bergerot. Sí, hoy me encuentro mucho mejor.

No sé cómo lo hace. Siempre tiene la misma energía, la misma sonrisa y presta la misma atención sincera a todos sus clientes. Es una de las pocas mujeres que conozco enamorada hasta los huesos de su marido. Él hacía el pan, ella lo vendía. Murió hace tres años. Un infarto, cincuen-

---

ta y cinco años. Es la única vez que la vi llorar. Al día siguiente del entierro, abrió la tienda. No tenía nada que vender, pero igualmente abrió. Aquello duró una semana. Los clientes seguían yendo. Ella continuaba como de costumbre detrás del mostrador, aunque desamparada. Le decíamos alguna frase de consuelo intentando no mirar el escaparate vacío. Durante una buena temporada nadie en el barrio comió pan. Es por eso también que me encanta este sitio. Mohamed no aprovechó para vender biscotes o hacer caja. La observaba con el rabillo del ojo a través del escaparate. Fue él quien colgó un anuncio y, un mes más tarde, ella contrató a Julien, el nuevo panadero. Es joven y hace mejor pan, pero nadie se lo reconocerá jamás.

Esta mañana, como de costumbre, huele a bollería recién hecha. Vanessa, la dependienta, coloca los croissants en las vitrinas. Siempre me ha gustado ese aroma delicioso y único. A cada hornada, el olor se esparce por la calle. Hubiera dado lo que fuera por un apartamento en el piso de arriba y poder respirar ese perfume por las ventanas abiertas. Intercambiamos algunas palabras y la señora Bergerot me envuelve el croissant. Cuando estoy a punto de despedirme y salir, me dice:

—Espérame, voy contigo. Tengo que hablar con Mohamed. Ha vuelto a invadir mi acera con sus verduras.

—Puedo decírselo yo, si quiere.

—No, así hago algo de ejercicio, e intento convencerle de que no está bien colonizar las tierras de los demás.

—No creo que él le lleve la contraria en eso.

—Entonces, ¿por qué coloca sus verduras frente a mi cartel de helados?

Me sigue fuera y ya me la imagino con ese discurso socioeconómico con el que le gusta bombardear al pobre Mohamed. Parecen dos empresas multinacionales que se disputan mercados de millones de dólares.

De pronto, cambiando de tema, me suelta:

—Por cierto, ¡qué guapo es el nuevo de tu edificio!

—¿Quién?

—Este... Patallas.

Creí que me ahogaba.

«Sea precisa. Se llama Patatras. Descríbame en detalle inmediatamente. ¿No tendrá una foto, verdad? Me la merezco. Nadie lo ha buscado tanto como yo. ¿Por qué soy la única que todavía no lo ha visto? ¡Dios mío! ¡Voy a ser la última en saber cómo es y eso que fui la primera en reírme de su apellido!»

Me contengo:

—¿Ah sí?, ¿y es simpático?

—Sí, creo que tiene encanto. Viene un poco más tarde que tú. Seguramente pronto te lo cruces.

La frase me deja loca. ¿Soy acaso del tipo de gente que puede esperar lo que dura un «pronto»? Me fijo un ultimátum. Esta misma tarde, no importa cómo, lo veré. Si hiciera falta, me haría la muerta en la escalera hasta que apareciera. Acamparé en su rellano jugando a ser amnésica o, mejor todavía, llamaré a su puerta con el pretexto de venderle un calendario con seis meses de antelación a favor de los bomberos o los conductores borrachos. Da igual cómo, pero me he hecho el solemne juramento de no volver a esperar con el ojo pegado a la mirilla.

Ni siquiera escuché a Mohamed y a la señora Bergerot pelearse como todos los días. Me encaminé hacia la oficina como lo hacen los soldados que van al frente. Aquel día le dije que no a todo el mundo. A la hora exacta de cerrar, recogí mi mesa y me largué pitando. Fue al llegar a mi portal cuando se desencadenó el drama.

En primer lugar, la inspección del buzón. Estoy de puntillas. Con la luz de la linterna puedo ver tres cartas. Recibe demasiado correo para alguien que acaba de mudarse. Observo que hay un sobre oficial, seguramente del Ayuntamiento o de un ministerio. ¿Qué puede ser? Si consigo averiguarlo, será mi revancha. Ya que todo el mundo le ha visto la cara antes que yo, seré la primera en descubrir su oficio. Entonces, como quien no quiere la cosa, les diré: «Ah, pero ¿no estaba al corriente?».

Intento iluminar mejor, pero el sobre que está justo encima me impide la lectura. Utilizando la linterna, justo del tamaño para que quepa en la ranura del buzón, creo poder moverlo. Meto la linterna lo más profundo posible. Todavía faltan algunos centímetros. Casi lo toco con los dedos, solo un pequeño esfuerzo más. Y cuando ya estoy a punto... ¡catapún en el buzón de Patatras! De nuevo la maldición. Se me cae la linterna dentro, todavía encendida. De pronto, su buzón se convierte en una pequeña casa de muñecas iluminada. Aquí ponemos la cocina, aquí el salón y la muñeca Yupi, que entrará cuando tenga la llave. ¡Basta de desvaríos! Ya he hecho otra estupidez. Tengo que recuperar la linterna como sea. Meto los dedos, total, no está tan lejos. Seguro que llego, tengo las manos finas. La maldita muñeca Yupi podría echarme un cable. Siento mis dedos atrapados en la trampa de metal como esos po-

---

bres monitos atrapados por cazadores furtivos, que con sus minúsculas manos se resisten a soltar los cacahuetes. Toco la linterna, la punta del dedo corazón la roza. Se resbala. ¡Mantenla quieta, Yupi, o te arranco la cabeza! No tengo otra opción, meto más la mano. Casi toda la palma está ya en el interior del buzón, pero la linterna sigue escapándose. No volveré a intentarlo, es la última oportunidad, aunque me haga daño. Me raspo la mano pero entra del todo. Ahora lo que me duele es la muñeca. La ranura metálica me ha levantado la piel. De pronto: la pesadilla, el horror. Oigo el chirrido de la puerta automática. Alguien ha marcado el código y está a punto de entrar. Me va a pillar enganchada como una imbécil al buzón de un vecino. Ya sé lo que siente un conejo cuando ve acercarse el camión que habrá de aplastarlo. ¡Dios mío, por favor, que sea uno de los viejos que no ven tres en un burro!, ¡o hazme invisible! Creo que incluso lo he dicho en voz alta. ¿Os habéis dado cuenta de todas las oraciones estúpidas que recibe al día Dios? Sería mejor que no existiese, sería un testigo menos de nuestra estupidez. La puerta se abre. En la posición en la que estoy me resulta imposible girarme y no sé quién ha entrado.

—¿Qué le sucede?

Una voz de hombre. Es él, está ahí, reconozco sus cuatro dedos y sus zapatos. Creo que voy a desmayarme. El cuerpo se me quedará colgando de la mano presa en su buzón. Titubeo, se me nubla la vista.

—¡Pero si está atrapada! Déjeme ayudarla.

¡Dios mío, por favor, haz que estallemos todos!, ¡que alguien se caiga por la escalera con una bombona de gas!



---

Pero que no sea la señora Roudan, que es demasiado simpática, que sea el idiota del profesor de gimnasia. Sin embargo la suerte se ceba conmigo. Nada explota. ¿Quién es el santo patrón de los acorralados? ¿A qué espera para intervenir?

Se acerca. Es más bien alto. Me coge de la muñeca. Su mano está caliente, es suave. Y la otra también. Está muy cerca. Y dice:

—Pero ¡si es mi buzón!

¿Existe algo más contundente que el desmayo pero no tanto como la muerte? Porque es lo que me va a pasar. No es mi cerebro el que explota, sino todo mi cuerpo. Por primera vez estoy ante este hombre de apellido divertido, y me siento como un ratón en una trampa. Ahora entiendo a los reyes, caballeros y santos que juraban y perjuran que si salían de una situación determinada harían erigir una basílica. El problema es que con mis ahorros, lo máximo que podría construir es una caseta de perro o una madriguera. Aun así, prometo hacerlo. Ahora mismo no puedo levantar la mano derecha para jurarlo, pero lo digo de corazón. Es más, cuando la saque, seré una mártir. Estoy a dos pasos de la beatificación. Santa Julie, Nuestra Señora de los Buzones. Hay que rendirse a la evidencia: no creo que pueda sacar la mano en la vida. Es como un arpón. Ha entrado pero no volverá a salir. Doy por hecho que pasaré el resto de mi vida con un buzón como pulsera. ¿Os imagináis el calvario que supondría entrar en un vestido un poco ceñido?

Se coloca detrás de mí y me abraza.

—Voy a auparla. Así se sentirá holgada y podrá soltarse. Pero ¿cómo lo ha hecho?

Sus brazos me rodean y noto su pecho contra mi espalda. Siento su respiración en el cuello. Resulta escandaloso pero en este momento me importa un bledo la mano, así estoy bien. Más tarde la curaré, me pondré compresas frías, pomada, pero ahora mismo paso. Estoy flotando.

—Se ha quedado atascada de verdad. Pero, por favor, hábleme. No se irá a desmayar, ¿no?

Podría quedarme horas pegada a él, con la mano en una trampa para lobos.

—No consigo sacarla. Hace falta alguna herramienta.

Me deposita de nuevo en el suelo. Mi brazo se estira completamente y tengo la sensación de que el buzón me va a arrancar la mano. El dolor me hace volver en mí. Con mis últimas fuerzas, le murmuro:

—En el edificio de al lado, en el 31, hay un patio. Al fondo, en el garaje, está Xavier. Él tiene herramientas.

—¿No prefiere que llame a los bomberos?

—No, vaya a ver a Xavier. Él tiene lo necesario.

—No se preocupe, enseguida vuelvo.

Sus manos se abren, rozándome los antebrazos. Siento cómo se aleja de mí. Tengo frío. Se va corriendo. Me ha tocado, me ha hablado al oído, me ha apretado contra él, pero sigo sin saber cómo es su cara.

«Aquí descansa Julie Tournelle, muerta de vergüenza hace una hora.» He aquí el que podría haber sido mi epitafio, y al lado habría placas de mármol de mis conocidos: «Ahora venderé menos croissants» (la panadera). «Así aprenderás a no meterte donde no te llaman» (Géraldine). «Realizó una operación improductiva con su mano» (Mortagne, con el logo del banco).

No estuve mucho rato sola colgada de aquel buzón, pero me pareció una eternidad. Mientras esperaba, decidía cuál sería la actitud más digna a tomar. No había ninguna que me satisficiera. Patatras regresó con Xavier y unas pinzas para cortar metal. Entre los dos se cargaron la puerta y me liberaron. Xavier parecía preocupado pero en cuanto vio que estaba en buenas manos y que sobreviviría, regresó a su quehacer cotidiano. Patatras me llevó a la farmacia más cercana y el señor Blanchard, el dueño, me curó. Mi salvador se comportó con una discreción absoluta y solo comentó que me había herido con una puerta. A la vuelta, me llevaba del brazo bueno como si fuera una abuela.

—También cojea.

«¡Es que la otra tarde me caí en pelotas como una idiota cuando salí corriendo para ver por la mirilla qué aspecto tenías!»

—No es nada, solo una caída.

Cuando entramos en nuestro edificio tuve el reflejo de retroceder al ver a lo lejos los buzones. Ahora sé lo que sienten los que han combatido en Vietnam al ver jaulas de bambú. La puertecita de metal yacía en el suelo, destrozada como si le hubieran puesto una bomba. La colocó en su sitio con elegancia y dijo:

—No voy a dejarla así. Por favor, venga a mi casa. Me costaba tanto creer que me estuviera invitando que me parecía que hablaba con la puertecita. Y pensé: «¿Por qué la trata de usted, si al fin y al cabo es suya?».

Por eso me encuentro sentada a su mesa y rodeada de cajas. Intento mirarlo sin que se dé cuenta. Me parece que la señora Bergerot se quedó corta diciendo que tenía encanto. ¡Está increíblemente bueno! Los ojos castaños, dos, una mandíbula de tiarrón, una sonrisa sincera, el pelo moreno y corto, pero no demasiado. Y seguro que hace deporte. Nada de machacarse en el gimnasio en plan musculitos, verdadero deporte. ¿Y yo?, ¿qué cara debía de estar poniendo? Como la de un conejillo de indias que espera su comida.

—Lo siento —me dice—, la cafetera debe de estar por algún sitio, en alguna de estas cajas. Solo puedo ofrecerle café instantáneo.

—Perfecto.

Odio el café. No me gusta su olor y me parece un desastre ecológico. No entiendo cómo ha podido convertirse en un código social tan universal. Algo que uno acepta por seguir la corriente. Pero no le voy a decir eso. Me callaré y me lo beberé.

Se mueve con gestos tranquilos. No duda. Todo lo hace con orden, con seguridad, incluso el sentarse frente a una taza. Se gira y se va hacia el fregadero. Tiene un culo maravilloso. Me invade la angustia. Lo único que falta es que no sea un chico malo.

—¿Toca algún instrumento?

Me lanza una sonrisa por encima del hombro:

—¿Por qué me hace esa pregunta?, ¿acaso le preocupa la tranquilidad del edificio?

—No, simple curiosidad.

—No, no toco nada. Y no se preocupe por el edificio, soy un hombre tranquilo.

Mientras calienta el agua, yo escruto todo lo que hay alrededor. Su ropa está bien doblada. Es la primera vez que conozco a un hombre que dobla la ropa cuando no espera visita. ¿Será gay? Hay una paleta de albañil. ¿Será obrero? Eso le pegaría, un casco y una camisa de cuadros abierta mostrando los pectorales. Sobre una caja hay un portátil abierto. No ha tardado nada en conectarse. ¿Será posible que su pasatiempo consista en jugar en línea?

Regresa a la mesa y se sienta frente a mí. Vierte el agua en mi taza y me la acerca. Cómo apesta el café.

—¿Cuántas cucharadas de azúcar?

«Treinta y ocho, no quiero notar el sabor repugnante.»

—Dos, por favor.

—¿Cómo se siente?

—Mejor. La verdad es que siento muchísimo lo de su...

—No tiene importancia. Algún día me explicará qué es lo que hacía.

—Quería recuperar mi linterna.

No insiste. Me mira, largamente.

—¿Hace mucho tiempo que vive aquí? —me pregunta.

—Siempre he vivido en este barrio, pero solo hace cinco años que estoy aquí. Segundo izquierda.

—Dígame, entonces: ¿a qué se dedica su amigo Xavier? Creí ver en su garaje una especie de coche gigante, como una nave de ciencia ficción. ¿Lo está construyendo él solo?

—Desde que era un crío le apasionan los coches blindados. Lo conozco de la guardería. Hubiera querido entrar en el ejército, pero no superó las pruebas. Un verdadero drama para él. Así que se empeñó en construir su propio coche.

—¿Así, solo?

—Pasa ahí todo su tiempo libre. Es un buen tipo. Ya verá que los hay a cientos en el barrio. Si quiere saber dónde comer, o pasear o lo que sea, solo tiene que preguntarme.

—Muchas gracias. Acabo de llegar y no conozco la ciudad. Voy probando cosas. Por ejemplo, esta tarde he comprado gambas en salsa picante en el chino.

«Adiós, Ricardo. Hasta nunca. Fue un placer conocerle.»

Me trago de un sorbo el café para no decir lo que pienso. Él mira su reloj.

—Pero le estoy haciendo perder el tiempo —dije—. Seguramente tiene muchas cosas que hacer.

—No se preocupe. Nadie me espera. Sin embargo, quizás a usted sí.

—Tampoco me espera nadie.

—Si lo hubiera sabido habría cogido más comida en el chino y la habría invitado.

«¡Asesino!»

—Bastante ha hecho hoy por mí.

Me acompañó hasta la puerta. Parecíamos dos colegas. Para ser sincera, tuve deseos de decirle que no tocara las gambas. No me atreví. La vergüenza todavía me atormenta. Preferí que se pusiera enfermo antes de hacer el ridículo por segunda vez. Qué chungo.

—¡Ah! —exclamó mientras volvía a su mesa—. No olvide su linterna. Debe apreciarla mucho para haberse molestado tanto en recuperarla.

Me pregunto si, a lo mejor por su ligero acento, su frase no tenía un punto de ironía. Sonreí tontamente. Se me da bien. Cogí la linterna y nos separamos. Cerró la puerta. Si fuera él, habría corrido a pegarme a la mirilla.

Mientras bajaba los escalones la mezcla de sentimientos me atormentaba. Por una parte estaba el dolor en la muñeca y el miedo a haber parecido la reina de las tontas. Y a pesar de todo me sentía extrañamente bien. Un poco confusa. No creo que fuera efecto del café.

(...)

(...)

A las siete en punto llamo a su puerta. Espero al acecho del menor ruido. Nada. A las siete y un minuto vuelvo a llamar, más fuerte. Espero. Nada de nada. No está. Y lo que es peor: no ha visto la nota. Peor todavía: sí la ha visto, pero ha pasado porque ha ido a tirarse a Géraldine. Pasados cuatro minutos no soy más que una sombra de mí misma. Mi plan ha fracasado. Bajo al segundo y, cuando voy a abrir la puerta, una voz me llama:

—¿Señorita Tournelle?

Sube los escalones de cuatro en cuatro. Llega a mi descansillo.

—No creía que fuese a estar a la hora. He intentado llegar cuanto antes. ¿No vio mi nota bajo su puerta?

Si me hubieran enchufado en ese mismo instante un electrocardiograma, solo habría una línea recta de lado a lado de la pantalla.

—No, lo siento. Acabo de llegar.

Lleva el correo en la mano. Estoy a punto de sonrojarme. No debo, pero tampoco puedo evitarlo.

—Le agradezco lo del buzón, pero tampoco es necesario.

—Claro que sí.

—Entonces acepto. No se contradice a las chicas bonitas.



Me voy a poner roja y a parpadear compulsivamente.

—¿Sabe? —continúa—, deberíamos habernos dado el número de móvil. Así no nos habríamos escrito notitas.

Aparte de ponerme roja y parpadear, se me va a salir un brazo. Suelto una risa nerviosa, como una tonta que no entiende algo o prefiere no responder.

—Es cierto —digo—, pero antes de nada le ruego que me llame Julie.

—Encantado. A mí, mis amigos me llaman Ric.

Me tiende la mano.

—Mucho gusto, Julie.

Yo le tiendo la mía, vendada.

—Un placer, Ric.

Me agarra suavemente los dedos. Es maravilloso. Ahí estamos, los dos en la escalera, y por fin nos presentamos como me hubiera gustado. Estamos delante de mi puerta. En circunstancias similares, teóricamente, debería invitarlo a tomar algo y darle la llave del buzón, pero tengo la casa con ropa por todas partes. Creo que hasta mis bragas están en el fregadero. No debe entrar bajo ningún concepto. Como se le ocurra tendré que sacarle los ojos. Parece esperar algo. Menuda pesadilla. ¿Qué estupidez más podría pedirle a Dios para que me saque de aquí? Un terremoto sería ideal. De magnitud tres, por favor. No demasiado fuerte ni demasiado flojo. Ric me cogería en brazos y me sacaría del edificio y, una vez fuera, no podría ver mis bragas. Y podríamos ayudar a la gente a esquivar las macetas, las bicis y los perros que se cayeran de las ventanas. Habría estado bien.

Pero no hay ningún terremoto. Y no es Ric quien me salva, sino el señor Poligny, el sindicalista jubilado, que

llega con un paquete enorme. Con una sospechosa energía le digo:

—Permítame ayudarlo. Tiene pinta de ser muy pesado.

Ric obviamente se hace cargo del paquete y subimos todos al piso de arriba. El señor Poligny entra en su casa y, por arte de magia, nos encontramos frente a la puerta del apartamento de Ric. Saco la llave del buzón del bolsillo.

—Aquí tiene. Y no se olvide de cambiar el nombre, si no tendré que molestarle todos los días para coger mi correo.

—No me importaría nada.

Venga, dímelo sinceramente, vuelvo a parpadear, ¿no? Me río. Qué chica más alegre soy. Me dice:

—No la invito a entrar porque tengo trabajo. Pero podemos quedar un día de estos, después del trabajo, ¿le parece bien?

«¡Y tanto, pequeño!»

—Me encantaría. ¿Y a qué se dedica, si puede saberse?

—Soy informático. Formateo ordenadores y esas cosas. ¿Y usted?

—Trabajo en un banco. Pero no es que cuente mis lingotes. Estoy en la oficina del Crédito Comercial del Centro.

—¿De verdad? No sabía si abrir allí una cuenta. Como acabo de llegar aún estoy haciendo un tour por los bancos.

¡Piensa rápido, Julie! Si abre una cuenta, lo verás a menudo y sabrás lo que hace por sus operaciones, además, te podrás jactar por haber aportado un cliente. Pero piénsalo bien, Julie, de todos estos motivos, solo uno es honrado. Los demás son indignantes.

—Si quiere le paso información. Así podrá elegir.

Aprueba con un movimiento de cabeza y me dice:

—Tengo que dejarla. Nos vemos.

Nos vamos a separar. No nos conocemos lo suficiente para darnos un par de besos. Nos conocemos demasiado para darnos la mano. Así que nos quedamos como pasmarotes.

Una vez en casa me doy cuenta de que no nos hemos dado el número de teléfono. ¡Maldición! No pasa nada. Ya tengo otra excusa para volver a verlo mañana.

He sopesado cada pro y cada contra de mi plan: es perfecto. Mañana, sábado, solo trabajo media jornada. Cuando vuelva a casa, paso a ver a Ric y le digo que mi ordenador no funciona. Si es el hombre que creo, no me dejará tirada. Pero, antes de disfrutar del placer de verle acudir en mi ayuda, tengo que estropear mi ordenador. Las cosas no se deben hacer a medias. Y a pesar de que no tengo ni idea, sé que no vale con desinstalar un programa y nada más. No debe de ser tan fácil como para que solo le lleve cinco minutos. Un rescate en condiciones tiene que durar al menos una hora. Si no, no tiene nada de romántico y es frustrante. Estoy decidida por ende a utilizar todos los medios a mi alcance. Así que, en vez de ir a cenar a casa de Sandra tal y como planeaba, pretexté un inexplicable dolor de cabeza para quedarme en casa y sabotear mi propio sistema operativo.

Aunque he tenido varios ordenadores, jamás se me había presentado la oportunidad de desmontar ninguno. Tengo dos. Uno grande que me quedé porque lo iban a tirar en el trabajo de un amigo, y está sobre mi mesa de despacho, y un portátil que utilizo para mandar correos. No estoy enganchada a la informática. Tengo comprobado que, en multitud de ocasiones, cuanto más se interesa una por la informática, menos conectada está a la vida. Es una herramienta excelente, pero puede conducir a ciertas ilusiones, como creer que uno sabe cosas, que lo entiende todo, que

tiene cientos de amigos. Para mí, la vida no transcurre delante de un teclado.

Pero por mucho que la critique, la informática me va a servir para volver a ver a Ric. Mi idea consiste en esconder el portátil y llorar por la suerte de mi ordenador de mesa. Por eso tengo un destornillador en la mano y la parte de atrás del PC está abierta de par en par delante de mí.

Jamás había visto el interior de un ordenador. Todas esas placas cubiertas de chismes misteriosos. Un verdadero laberinto de electrones. Es ultracompacto, lleno de pequeñas piezas soldadas las unas a las otras. Mi víctima inocente se esconde entre ellas. Dudo, evalúo, sopeso, y elijo un arito alargado que está cerca de un microprocesador y decorado con bonitas franjas rojas y naranjas. Delicadamente, paso la punta del destornillador por debajo y lo levanto. No resiste mucho tiempo. Una de las partes por las que está soldado se suelta. ¡Victoria! Y ahora, como haría la exitosa espía J. T., recoloco todo con cuidado y borro las huellas. Finalmente, como no es muy tarde y no voy a molestar a los vecinos, re-tumba en mi pisito una risa diabólica.

Tardo una hora en colocarlo todo. He mezclado los tornillos y uno se ha perdido. Sin duda es amigo del componente electrónico que he arrancado y quiere hacerme pagar por mi crimen. Me cuesta mucho encontrarlo. Tras eso paso a la fase dos de mi plan diabólico: hacer mi apartamento irresistible para que se sienta a gusto.

No suele venir mucha gente a verme, y la mayoría de las veces son amigos a los que no les preocupa demasiado el orden. Incluso a pesar de haber vaciado la mitad cuando se marchó Didier, la última vez que lo limpié todo a fondo fue

---

para la visita de mis padres en mayo. Es una locura cómo se ensucia todo en tres meses. Tras la operación de limpieza, toca supervisar la decoración. Tengo que elegir bien. Conservo las fotos de mis viajes en la pared, pero oculto mi oso de peluche. Se llama Toufoufou. Le doy un beso y le pido perdón porque va a pasar el sábado en el cajón de la ropa interior. Coloco los platos. Observo todo con ojos de hombre. ¿Qué deducirá Ric de mí viendo mi casa? Pongo bien a la vista los discos de jazz y oculto los de ABBA. Quito la revista de televisión y en su lugar coloco *Las uvas de la ira*. No creo que ni en la Casa Blanca se hagan operaciones de comunicación tan concienzudas. Limpio dos medallas de natación que gané en sexto de primaria. Me deshago también de los libros para adelgazar pero no de los de recetas de cocina. Mi madre dice que a los hombres les gustan las mujeres que cocinan. En el cuarto de baño (aunque no sé lo que puede hacer él ahí) quito la mitad de los productos de belleza de la estantería. Cuando he acabado, lo contemplo todo y me digo que me encantaría conocer a la chica que vive aquí. Mi casa jamás ha estado tan limpia y ordenada. Pero son más de las dos de la mañana. Me siento a la vez cansada y contenta. Es como si hubiera pasado la tarde con él. Hace meses que no hago algo tan serio por alguien. De pronto me veo cara a cara con la realidad de la situación y la vergüenza se apodera de mí: todo lo que he hecho por Ric esta tarde ha sido orquestar una vil representación para atraerlo hacia mi casa. Soy una terrible manipuladora, pero me da igual: mañana él estará aquí.

La mañana pasó rapidísimo. Normalmente los sábados estamos a tope pero en esta ocasión, sin duda por el ambiente estival y mi estado de ánimo, todo fue como la seda. Mortagne estaba ausente «por razones personales»; Géraldine estaba al cargo, radiante. Conseguí salir un cuarto de hora antes y regresé a casa dando saltitos, dispuesta a cumplir con mis aviesas intenciones.

Mientras subía la escalera me reajusté la camisa. Y tras respirar profundamente, llamé a la puerta de Ric. Hizo ruido y abrió casi inmediatamente.

—Hola, siento molestarle.

—... Olvidamos darnos el teléfono.

—¡Sí, es cierto! Pero en realidad he pasado por si pudiera hacerme un pequeño favor. Siento tener que pedirle esto, pero se me ha roto mi ordenador y tengo que hacer una presentación para el lunes. Me preguntaba si por casualidad usted...

—¿Quiere que le eche un vistazo? Sin problema. ¿Le va bien ahora?

«Julie, debería darte vergüenza abusar de la amabilidad de este chico. Los delitos llevan a la espalda el castigo. El fin no justifica los medios. Tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe.»

—No quiero abusar.

—No se preocupe. Cojo mis llaves y ahora voy.

Desaparece dentro y vuelve con el manajo de llaves. Le pregunto:

—¿No necesita herramientas?

Tuve miedo de haber metido la pata. ¿Cómo podía yo saber que era necesario desmontarlo todo? La agente J. T. la ha fastidiado.

—Antes de hurgar en la placa base, hay que ver qué sucede. La mayoría de las veces no es nada.

«Yo no lo tendría tan claro, amiguito.»

Mi puerta está abierta, lo invito a entrar por primera vez. Intento aparentar el aspecto más natural del mundo. Debo adoptar un papel de indiferencia. Para conseguirlo, trato de convencerme de que ese nivel de orden y limpieza es lo normal en mi casa.

—¿Dónde está la bestia?

—A la derecha, en la habitación, sobre la mesa.

«Por favor Toufoufou, ¡ni una palabra o arruinarás mi plan!»

Ric va directo hacia el ordenador. No se fija en nada más. Le importan un pimiento mis cuatro horas de trabajo. Me encantan los hombres. Podría haber escrito «cásate conmigo» en grande en la pared de la entrada y «arráncame la ropa» en la de la habitación y no se habría dado ni cuenta.

Comienza por verificar el enchufe. Siempre con gestos precisos. Se sienta sin dudar, como si estuviera en su casa, y le da al botón de encendido. Me acerco.

—¿Cómo se dio cuenta de que estaba roto?

—Ayer por la noche, mientras trabajaba en mi presentación, de repente se puso negro. No había manera de que se encendiese.



---

«Y el Óscar a la Mejor Actriz Principal es para: ¡Julie Tournelle! La sala al completo se pone en pie, agradezco al público y lloro ante los millones de telespectadores que siguen la ceremonia en directo.»

Ric espera a ver si «la unidad central», como él la llama, reacciona. Está tranquilo. Me acerco más. Finjo interés por la pantalla en negro, pero solo pienso en que mi barbilla se encuentra a dos dedos de su hombro. Huele bien.

—Efectivamente, tiene un problema —dice mientras prueba una combinación de teclas extraña.

«Vaya, qué faena, tengo un problema. ¡Qué alegría! Nunca más volveré a criticar a los ordenadores. Me encanta la informática, su capacidad de hacer que la gente se reúna. Y sé que le va a llevar horas. Estoy tan contenta de que mi ordenata esté escacharrado.»

Noto el calor que irradia su mejilla sobre la mía. No se da cuenta de que mi cabeza está casi apoyada en su hombro. Me encantan los hombres, no se enteran de nada. Prueba otra combinación de teclas. Parece un niño de cuatro años que intenta torpemente tocar una pieza de Chopin sobre un piano demasiado grande para él. Lo malo, que acierta con una nota. El ordenador se enciende. Me levanto alterada, me parece increíble que funcione después de mi carnicería.

«Pero si es imposible. Yo misma le arranqué una pieza ayer por la tarde. No me lo creo.»

Qué barbaridad, y no puedo decir nada. Ric comienza a tamborilear en el teclado.

—Finalmente, no es tan grave como parecía. Creo que ha sido un microcortocircuito. Parece que está instalando todo correctamente. Estará listo en cinco minutos.

La cólera se mezcla con la rabia que me reconcome por dentro. Voy a quemar ese ordenador. Cuando una quiere que funcione, se rompe, y cuando quiere que se rompa, funciona. ¡Es insoportable! Hay diez mil cacharros en su interior y he arrancado el único que no sirve para nada.

Mientras intento contenerme, Ric comprueba mil programas. Parece alegrarse por mí. Y yo no puedo decirle nada. Debo sonreír, parecer aliviada, incluso saltar de alegría. No me ha dado tiempo a ofrecerle nada de beber, ni siquiera a observarle mientras me rescataba. Un poco de calor, un olor, es todo lo que pido.

—Pues bien —dice mientras se levanta—, parece que funciona.

—¿Quiere tomar algo?

—No, lo siento. Debo terminar de preparar mi trabajo de hoy, o no podré ir a correr mañana.

—¿Corre?

—Siempre que puedo. Me tranquiliza. Me vacía el cerebro y, en este momento, es justo lo que necesito.

«Julie, a veces se presentan oportunidades que no hay que dejar pasar. ¡Lánzate!»

Me escucho decir:

—Pero ¡si yo también corro! Bueno, cuando no cojeo.

—¿De verdad?, ¿qué distancia?

—No estoy segura, de hecho son los paisajes los que deciden por mí. Cuando me parece que son demasiado feos, vuelvo a casa.

«Qué poética la muchacha. Pobre imbécil. Solo te queda decirle que fuiste haciendo footing hasta Suiza y que te

pareció tan bonito que llegaste hasta Austria pasando por el norte de Italia porque es maravilloso.»

Sonríe. Me parece muy guapo. Sin duda por esa sonrisa me atreví a añadir:

—¿Le molesta que vaya a correr con usted?

En el mismo momento en el que pronuncio esas palabras sé que lo voy a pagar caro, pero la razón no tiene nada que decir en esto. A partir de ahora, esta historia es una fábula que se titula: *El tío bueno, la patosa y la maldición*.

Sonríe más ampliamente. La idea no parece incomodarle. Estoy loca de alegría.

—Será un placer. Antes, donde vivía, también solía correr con un vecino. ¡Pero usted es mucho más guapa que él! Normalmente salgo a correr hacia las ocho de la mañana. ¿Le va bien?

—Perfecto.

—¿Paso a buscarla a menos cinco?

—Estaré lista.

Regresa a la entrada. Me vuelve a dejar.

—Suerte con su presentación.

Ahí, él duda. Creo que lo que el cuerpo le pide es darme dos besos, pero no se atreve. Yo sé lo que haría un gato en su lugar. Abre la puerta y sale. Se gira por última vez.

—Entonces, ¿hasta mañana por la mañana?

—Hasta mañana, y gracias por haberme salvado de nuevo.

—No es nada.

Un pequeño saludo y sube a su casa. Cierro la puerta. Creo que voy a llorar. Y por múltiples razones.

En la adversidad se descubre la verdadera naturaleza de la gente. Cuando se está en el fondo del agujero, se tiene un punto de vista único y muy revelador sobre las almas humanas. Solo hay dos tipos de individuos alrededor: los que se ríen de ti y los que abusan de tu torpeza. Para evitar cualquier ambigüedad: confieso que no he corrido en toda mi vida. En el instituto, había un profesor que intentó por todos los medios que galopáramos por la pista de atletismo, pero terminó por renunciar. Nos caíamos, nos reíamos, nos escondíamos entre los setos sin cortar en cuanto se daba la vuelta (toda clase de entretenimientos incompatibles con la práctica de correr). Después de aquello, he andado mucho. Es cierto que una vez hice «una carrera» de treinta metros porque el horrible perro enano de una viejecita quería devorarme, pero salvo esa ocasión mi contador está a cero. Otro problema consiste en que no tengo ni ropa ni zapatillas de deporte. Y ahí es cuando aparece esa gente que se dedica a torturarte cuando tiene poder sobre tu destino.

La única amiga deportista que tengo se llama Nica. Ha hecho de todo: equitación, gimnasia y danza. Creo que es adicta a las competiciones y a las medallas. Una verdadera máquina. Es cinturón negro de tenis y maillot amarillo de natación. Es verdad que hace meses que no la veo y que no está bien aparecer de repente para pedirle prestadas sus cosas. Eso no justifica el morro que le ha echado para pedirme

esto a cambio. Es cliente del Crédito Comercial del Centro y, mirándome a los ojos me dice: «Durante seis meses quiero mi cuenta libre de comisiones o te tocará correr descalza». Qué bella persona. Si yo hubiera sido un poni, además me habría dado con la fusta. Lo peor es que acepto.

Por la tarde lavo todo lo que me ha prestado para que pueda secarse por la noche. Los pantalones cortos se parecen a los del grupo de música cuyos discos escondí (aunque sin lentejuelas). La camiseta de color fosforito y las zapatillas sin duda fueron concebidas por ingenieros de la Nasa para una misión en Plutón.

Intento cenar algo ligero e irme a dormir pronto, y pongo el despertador a las seis para tener tiempo de calentarse. Os voy a confiar otro secreto: si el ridículo mata, moriré por la mañana. Para desoxidar mi pobre cuerpo intento recordar los movimientos de la clase de gimnasia del colegio. Hago estiramientos, flexiones, abdominales y molinos con los brazos, lo que me cuesta mi único aplique de pared. Toufoufou descansa en la cama, todavía enfadado por el cautiverio del cajón. Pero, según me mira, yo sé que me toma por loca.

A las siete menos cuarto, estoy en plena forma. Habría podido descargar un camión de pescado o subir a la señora Roudan sobre mi espalda con el carro de la compra incluido. A las siete y trece, tiemblo, sentada en una silla, agotada por una noche demasiado corta y una actividad física des acostumbrada. A las siete y veintiocho busco en el botiquín vitaminas como una yonqui con el mono. Encuentro dos comprimidos efervescentes que me tomo sin agua. A las ocho menos cuarto soy como una bomba nuclear dispuesta

a explotar ante el primero que me asuste. A las ocho menos cinco, llama suavemente a la puerta. Puntual, como yo. Me encanta.

Abro. En voz baja, dice:

—Hola, ¿lista para el maratón?

«Mi querido amigo, si tú supieras.»

Con una rápida mirada, me evalúa de pies a cabeza. No sé el veredicto. Añade:

—¿Vamos?

La luz es espectacular y la calle está desierta, como si el mundo solo existiera para nosotros. Extiende los brazos. Lleva un pantalón azul y camiseta negra. Sus zapatillas parecen normales. Propone:

—¿Le parece bien que subamos hasta el parque de las antiguas fábricas? No está demasiado lejos y me parece un lugar bonito.

«¿No demasiado lejos? En helicóptero puede, pero a pie...»

—Perfecto.

Se pasa la mano por el pelo y comienza a correr, como si nada. Voy detrás, como en el cole. Me quedo en la retaguardia para que no se fije en mi zancada, que es bastante menos deportiva que la suya.

—¿Qué le sucede? —me pregunta.

Con un amable gesto con la mano, me invita a que me coloque a su altura. Y entonces se produce algo increíble. Vamos corriendo al lado, al mismo ritmo. Como en una película. Todo es ideal, se quieren, parece que vuelan hacia su felicidad, excepto que no hay música de violines de fondo y que la chica debería tener una doble.

Me siento a gusto a su lado. Tengo la impresión de conocerlo desde hace años. Desprende algo tranquilizador. Su zancada es natural, no la fuerza. Lo observo por el rabillo del ojo. Incluso corriendo es elegante. Me gusta ver cómo mueve ligeramente los hombros. Estoy tan abstraída en su contemplación que no me doy cuenta de las señales de alerta que me manda mi cuerpo. Al final de la calle, mi corazón late desbocado y no siento los pies.

—¿Le parece bien este ritmo? —me pregunta sin ni siquiera parecer asfixiado.

Asiento con la cabeza, pero estoy mintiendo. Su atractivo perfil, sus largas pestañas y sus labios me distraen para aguantar un poco más, pero a mitad de calle no puedo seguir ignorando mi límite físico. Me voy a dislocar o a estampar contra una pared como una pera demasiado madura. Pasamos por la plaza y por el colegio. Normalmente tardo diez minutos en llegar hasta aquí, pero ahora solo hemos tardado dos. Para motivarme, me imagino que estamos huyendo de un inmenso peligro. Detrás de nosotros, una ola gigantesca de lava volcánica que va devorando los edificios. O escarabajos gigantes que quieren comernos. La ciudad está destruida y los escarabajos han torturado a Toufoufou. Ric y yo somos los dos únicos especímenes humanos con vida, así que corremos lo más rápido posible. Somos la última esperanza de la humanidad. Cuando por fin estemos a salvo, tendremos que hacer mucho el amor para repoblar el mundo. ¡Gracias, escarabajos!

Veo el campanario de la iglesia. Hace años que no paso por aquí. Estoy saliendo fuera de mi perímetro normal de vida. A veces cojo el coche para ir más lejos, pero esto está

---

demasiado cerca para ir en coche, y demasiado lejos para ir a pie sin ningún motivo. Solía pasar por aquí cuando mi madre me acompañaba al colegio. Todo ha cambiado. La vieja ferretería se ha convertido en una agencia inmobiliaria, la tintorería, en una tienda de saldos. La nostalgia ataca, pero el inicio de un calambre me ofrece un excelente entretenimiento. Quiero continuar. Debo, para poder seguir con Ric, para seguir mirándolo. Se nota que le gusta correr. No tiene ni un rastro de sudor por la frente.

Más allá de mi condición física deplorable, hay algo que me hace sentir incómoda con respecto a él. Estoy a su lado y eso debería bastarme. Pero sé que este no es mi lugar. Tengo la impresión de estar usurpando, mintiendo, y de no ser yo misma. Esta idea me entretiene. Y ahora, es el flato el que ataca. Expiro profundamente pero, de pronto, ya no soy capaz de inspirar todo el aire que necesito. Me voy a ahogar y se me van a enredar los pies. Prometo que volveré a hacer deporte. Pero mientras tanto, negocio con cada parte de mi cuerpo para que aguante hasta el final. Las piernas están hartas, a punto de empezar la huelga. La izquierda parece menos radical pero sus reivindicaciones van en aumento. Los pulmones me agradecen que no haya fumado nunca, pero ya no pueden más. La tráquea me arde, no me responde aunque le hable. La espalda intenta convencerme de que me acueste en el suelo. Mientras tanto, Ric corre, el pelo al viento, libre y capaz. Con esa barba de dos días tiene un aspecto más salvaje.

En solo unos minutos, hemos dejado atrás el centro urbano. Seguimos hacia el norte. Diviso la calle en la que me crié. El tejado puntiagudo de nuestra antigua casa y el



cerezo que lo sobrepasa. No he regresado desde que mis padres se mudaron. Aquel día, me había escondido al final del jardín para llorar. La casa sigue ahí, pero ya no es nuestro hogar. Conservo una piedra del camino de entrada. Pasé por delante de ella cientos de veces sin prestarle atención y, el último día, la cogí porque era la única que estaba suelta. Aquel objeto insignificante se convirtió en algo esencial. Es mi reliquia, la prueba de que todos mis recuerdos existieron. La nostalgia intenta un ataque por la izquierda, pero muy afortunadamente me tuerzo el tobillo. El dolor impide que se forme cualquier sentimiento. Definitivamente, extraño viaje el que emprendí esta mañana, con mis pies y con la mente.

Debo de estar roja como un tomate. El pelo se me pega a la frente bañada de sudor. ¿Cómo lo hace él? Quizás sea un cyborg, un robot ultrasofisticado con forma humana. Qué suerte la mía. ¿Quién se ha llevado el premio gordo? La menda. Los extraterrestres están en la Tierra y han comenzado su invasión por mi edificio. La historia de mi vida. Ya decía yo que tenía un apellido raro. Lo que no sabéis es que me estaba llevando fuera de la ciudad, a su nave nodriza, que le esperaba camuflada entre la vegetación. Una vez dentro, se arrancaría la piel y aparecería ante mí tal y como era: un pulpo con escobas en vez de brazos y ciruelas en vez de ojos.

Y en esto, mi espíritu flaquea, comienzo a perder la razón. La sangre no me llega al cerebro, está en el culo. Para encontrar fuerzas me fijo objetivos. En el próximo cruce, autorizo a los hombros a que se quejen. Después de dos pasos de cebra, los ojos pueden llorar. Ric se gira hacia mí.

—No quiero pecar de poco caballeroso, pero creo que ya podríamos comenzar a tutearnos.

¿De dónde saca el aire para pronunciar tantas palabras sin parar de correr? ¿Qué acaba de decir? ¿Qué nos tratemos de tú? De hecho, podríamos decirnos «mi amor». ¡Respira, Julie!

—Estoy de acuerdo.

No tengo aliento suficiente para pronunciar la última palabra. Me mira.

—¿Estás segura de que estás bien? Dime si voy demasiado rápido. No te preocupes. Con tu pierna...

La primera vez que me tutea y es para preocuparse de mí. Son las ocho y veintinueve de la mañana del diez de agosto. Todo es perfecto, salvo mi ritmo cardiaco.

Pasamos el barrio de las afueras y vamos a llegar al parque de las antiguas fábricas. Me mira cada vez más a menudo, parece intranquilo. ¿Cuál será mi aspecto? El parque aparece tras sus grandes verjas. Ric dice:

—Vamos a hacer un descanso.

(...)

¿Le sucede a todo el mundo igual? Cada vez que me enamoro atravieso una fase en la que quiero saberlo todo sobre él. Se parece un poco a la bulimia. ¿Qué lee? ¿En qué estará pensando? ¿Qué estará haciendo en este preciso momento? Las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana. Resulta agotador, pero no puedo evitarlo. Así soy yo. Aunque tenga la cabeza en otra parte, aún me queda algo de lucidez para saber que nunca me había pasado algo de esta magnitud. Con Ric, es rotundamente más fuerte. Me doy cuenta de que, a pesar de todo, mi memoria fotográfica ha hecho su trabajo en el apartamento de él. La agente J. T. se ha superado a sí misma. Puedo describiros todo lo que he visto con el más mínimo detalle. Si hubiera un campeonato del mundo de encontrar los siete errores en su apartamento, sería sin duda la ganadora. A vosotros os puedo confiar que mientras le veía correr esta mañana he tomado nota de todo. Os puedo hablar sobre cómo son sus antebrazos, cómo apoya los pies, sobre su mentón, su porte, sobre la manera en la que entrecierra los ojos por el sol, su sonrisa, el modo en que levanta la ceja izquierda cuando dice algo serio. Nada se me escapa. Esa necesidad de saberlo todo sobre alguien, de estar cerca de él, jamás había sido tan virulenta.

Evidentemente la moneda también tiene otra cara. Cuando se está en ese punto, nos formamos una idea sobre

alguien y nos lo imaginamos así en todo lo que hace. Eso nos hace confiar, nos une. El gran problema es que la menor sorpresa, el menor desajuste entre lo que creemos y los hechos es un jarro de agua fría. Tenemos la impresión repentina y brutal de habernos equivocado, de que nos han tomado el pelo. Incluso nos sentimos traicionados. Y el problema real es la sensación atroz que permanece: nos convencemos de que nos elude y nos abandona. Por un mínimo gesto, una frase de nada, la moral se colapsa y el corazón se nos hace trizas.

Aquella tarde en casa de Sophie no pronuncié ni una sola palabra durante la cena. Lo que en mí resultaba bastante extraño. De pronto, las chicas olvidaron sus conversaciones para ocuparse de mí. No era lo que yo pretendía, sobre todo porque, a pesar de todas sus encantadoras atenciones, no podían hacer nada por cambiar mi estado. Aunque estuviera rodeada de amigas y de su atención, me sentía sola. Horriblemente sola.

Regresé a casa como una zombi y fui incapaz de dormir. Durante horas, con los ojos clavados en la oscuridad, estuve preguntándome por qué volvió a salir a correr. Tal vez estuviese loco o hubiera un misterio detrás. Solo podría descansar cuando descubriese el secreto de aquel enigma.

Pensándolo bien, el chico es demasiado bueno para ser real. Amable, educado, guapo, alguien que dobla su ropa aun cuando no espera a nadie. ¡Por supuesto que era como para dudar! Es como un gato de angora que no lo llene todo de pelos: eso no existe. Bajo ese aspecto encantador debe de esconderse un asesino. Frío, metódico, me seducirá para robarme los ahorros. Si es así, se va a llevar una gran

decepción. Y no le quedará más remedio que desangrarme como a un conejo y doblarme como una de sus camisas antes de enterrarme en el parque de las antiguas fábricas.

Pasé la noche y el día del lunes torturándome con esto. Es una locura. Las chicas, cuando pensamos en alguien, lo hacemos todo el tiempo. Ocupa cada rincón de nuestra cabeza. Hacemos esfuerzos para pensar en otra cosa pero el menor detalle hace que regresemos al tema. Presas de una obsesión. Veo un folleto para un seguro de vida y sueño en cómo podría ser la nuestra en común. Lavo la tetera y es casi del mismo color que sus ojos. Hojeo el libro de cocina «Especial quiches y tartas» —sí, en esas ando— y en el apartado de «quiches» hay una «c», como en Ric. Una arruga en la cortina me recuerda a la caída de su camisa por el torso. Soy como una drogadicta, solo que no quiero desengancharme. Intento distraerme. Envío algunos emails, pero como no puedo evitarlo, acabo buscando su nombre en Internet y el resultado es sorprendente: no encuentro nada. Absolutamente nada. Ni antiguos compañeros de colegio, ni exámenes, ni rastros de estudios en un instituto oscuro, ni diploma de informática. Como si Ric no existiese, o como si solo lo hiciera en la vida real. Intento analizar todos sus gestos, sus palabras, como si fueran las pruebas de un caso judicial. Y en mi cabeza se forma un auténtico tribunal. A veces me pongo la toga de abogado y cada indicio prueba su inocencia, pero otras veces asumo el papel de fiscal y todo son pruebas de su culpabilidad.

(...)

(...)

En ese momento Mortagne asoma la cabeza por la puerta de su despacho. Normalmente lo habría hecho para recordarnos que las conversaciones personales se deben hacer fuera de la oficina y que, si fuera de tipo profesional, lo mejor sería llamarnos de una mesa a otra porque eso impresiona a los clientes. Ya nos lo ha dicho alguna que otra vez. Pero, sorprendentemente, esa mañana se contenta con sonreírnos tontamente y decirnos:

—Disculpe, señorita Dagoïn. Cuando tenga un minuto, ¿le importaría pasar a mi despacho? Es para tratar lo del dossier de la señora Boldiano.

Cuando me ve, añade:

—Buenos días, señorita Tournelle. Tiene buena cara hoy. ¿Ha pasado un buen fin de semana?

Si Géraldine hubiera sabido quién era, habría visto en mi cara la de Alfred Nobel cuando le explotó en la mano el primer cartucho de dinamita. Estoy alucinando. Géraldine responde como si nada:

—Cuando termine voy. Pero ahora estoy ocupada.

—Gracias, Géraldine.

Estoy alucinada. El perrito fiero se mete en su caseta. Ella se gira hacia mí y sigue:

—¿Qué querías preguntarme? ¿Estás embarazada?

Y sin esperar la respuesta se pone a dar saltitos y grititos a la vez. E insiste:

—¿Conozco al padre? ¿Quieres preguntarme si debes tenerlo? Julie, un hijo es un milagro.

En ese momento se suelta. Une las manos, mira al cielo (en este caso, a la luz de neón) y comienza a hablarme del amor, de la felicidad. Menuda película se ha montado. Le pongo la mano en el brazo:

—Géraldine, voy a dimitir.

—¿Quieres irte del banco?

—Esa es la idea.

—¿Has encontrado a alguien rico y ya no necesitas trabajar?

—La verdad es que no. Pero ya no puedo más. Este trabajo es demasiado para mí. Bueno, no es el trabajo, sino la mentalidad que hay que tener para hacerlo. No estoy cómoda frente a los clientes y no me gusta la jerarquía. No puedo seguir así. No quiero resignarme a hacer a este trabajo hasta que me jubile, no a mi edad. Quiero buscar uno que me guste más.

Géraldine se queda quieta durante un momento y de repente me rodea con los brazos. Me aprieta contra ella con una emoción sincera. Su enorme collar se me clava en el pecho. No me atrevo a moverme. Qué le vamos a hacer, conservaré la marca de su joya hasta que me muera. Me suelta al fin y me mira a los ojos.

—¿Sabes, Julie? De todas las compañeras de trabajo que he tenido, eres la única de la que me hubiera gustado hacerme amiga. Eres una buena chica. Me da pena que te vayas. Pero piénsalo bien, no tires tu carrera a la basura porque sí.

—¿Qué carrera? Si me quedo, es mi vida la que se va a la basura. Me gustaría preguntarte si sabes cuándo podría

irme. Con los días de vacaciones que me quedan, supongo que el tiempo de preaviso será menor.

Pone cara de reflexionar, lo que en Géraldine es bastante raro.

—No te preocupes. Lo miro y te lo digo enseguida.

Mi primera cita llega a su hora. Os voy a confiar un truco infalible para saber a qué hora llegará una cita. Cuando un cliente quiere pedir algo, será puntual. Si es por un proyecto vital para él, vendrá incluso antes. Si, en cambio, viene porque se le ha propuesto una inversión, siempre llegará tarde, eso si no anula la cita. Este hombre quiere un crédito para poder comprarse un coche de coleccionista, «un buen negocio». Consulto su dossier: casado, dos hijos, buena situación profesional pero no los medios adecuados como para permitirse una colección de trastos. Mirando sus cuentas, está claro que gasta más en sus hobbies que en su familia. ¿Debería dejar que se endeude por una pasión adolescente e inmadura? Aunque el banco lo odie, actúo según mis principios e intento convencerle de que no se le otorgará ese préstamo para ese tipo de proyecto.

La vida es extraña. Una vez que he tomado la decisión de marcharme, veo el banco de otro modo. Casi podría decir que con nostalgia. A Fabienne, que toma café tras café, al cartel con la chica guapa que intenta convencernos de que tener una cuenta aquí la vuelve loca de alegría, a Mortagne y sus estúpidos discursos, a Mélanie y su planta verde a la que le habla. Aunque sean ellos, me da pena dejarlos. No me gusta perder a gente. Lo de Mortagne se puede explicar por el síndrome de Estocolmo, acabamos hermanán-



donos hasta con los carceleros. Lo de Mélanie y su helecho que no crece no lo entiendo. Resulta extraño, porque soy yo quien ha tomado la decisión. Fuera me espera mi futuro. Me espera la vida. Me espera Ric.

(...)

(...)

En veinticuatro minutos Ric estará aquí. He comprado dos botellas de vino y una de ellas la he medio vaciado en el fregadero para que crea que recibo más visitas aparte de la suya. Por eso me inclino sobre el fregadero para asegurarme de que no huele a vino o a alcohol, porque si no mi imagen va a recibir otro revés.

Lo he preparado todo, pero tengo que pensar de qué podemos hablar. Tengo unas dos mil preguntas que hacerle. Espero descubrir más cosas de él, como por ejemplo qué es lo que hace, pero pienso preguntarlo como quien no quiere la cosa. Mi instinto me dice que me puedo fiar de este chico, pero sé que esconde algo. Aún no sé dónde trabaja. Parece que por su cuenta, pero ¿cómo lo encuentra la gente si se acaba de mudar? El otro día nos cruzamos, y él llevaba un gran paquete de Correos. Me dio la sensación de que le molestó que lo viera con él. Me dijo que era material informático para su trabajo, pero vi el nombre de la empresa en el remite y, consultándolo en Internet, comprobé que aquella compañía estaba especializada en material de construcción, sobre todo en tronzadores para el metal. ¿Repara los ordenadores despedazándolos como en una película de miedo?

No quedan más de diez minutos. Suena el teléfono. Rezo por que no sea él para anular la cena.

—¿Sí?

—Hola, cariño. Soy tu madre. ¿No te molesto, verdad?

—Claro que no. ¿Qué tal va todo?

—Tu padre está un poco cansado pero es por culpa de los Janteaux. Se han marchado esta mañana, ¡y ya era hora de que lo hicieran! Qué mal les sienta envejecer. Jocelyn no deja de hablar de sus nietos y Raymond solo repite una y otra vez lo mal que va el mundo de la relojería desde que se retiró. Pero no te llamo para eso.

—¿Qué pasa?

—Pues fíjate que hoy me ha llamado la señora Douglin y me ha dicho que trabajas como dependienta en la panadería de al lado de tu casa. ¿No te parece increíble?

«¿Cómo salgo de este berenjenal? Seguro que a mi madre la han sobornado las vieiras para que me distraiga y poder salir de su caja para atacarme en grupo. Ric encontrará mi cuerpo medio devorado y la ventana abierta. Será el principio del fin del mundo, acabarán con los niños a fuerza de golpes con coral.»

—¿Julie, estás ahí?

—Sí, mamá. Sí que era yo la que estaba trabajando en la panadería pero solo fue por echar una mano. Vanessa, la dependienta, está embarazada y se encuentra mal. Así que la señora Bergerot me preguntó si la podía suplir.

—Desde luego no se corta un pelo.

—Me ofrecí yo, pero te lo cuento todo el domingo, ¿vale? Tengo que colgar.

—¿Tienes una de tus reuniones del club de locas?

—No están locas, mamá.

—Pues claro que sí. Como yo lo estaba a su edad, y es normal. Sal de ahí, cariño. ¿Me llamas el domingo?

—Claro que sí, mamá. Un beso. Y dale otro a papá.

---

Cuatro minutos antes de la cita. Verifico el peinado. Me estiro el vestido.

Mi cabeza no deja de dar vueltas. ¿Qué voy a decirles a mis padres sobre mi nuevo trabajo? ¿Cómo voy a estar una velada entera sin ridiculizarme en algún momento? ¿Y si Toufoufou se pone a hablar? ¿Y si pago a las vieiras para que salten solas a la sartén?

Llaman a la puerta. Abro. Ahí está. Vaqueros impecables, camisa blanca medio abierta. Esconde algo detrás de su espalda.

—Buenas noches.

—Entra. Estoy encantada de que hayas venido.

«Jovencita atolondrada. No enseñes tan rápido tus cartas.»

—No, soy yo el que está encantado de venir.

—Bueno, tendrás que disculparme de que todo esté un poco improvisado. Últimamente no dispongo de mucho tiempo.

Entra y me tiende un magnífico ramo de flores. Le doy las gracias. Creo que podría haber aprovechado para darle un beso, pero me he dado cuenta demasiado tarde y ahora ya parece calculado. El ramo es multicolor, muy bonito. Descifrar el lenguaje de las flores puede ser una locura, porque hay de todo tipo. Fresias azules (constancia), rosas rojas (pasión), algo de hierbas (esperanza y fidelidad), margaritas (amor), e incluso un poco de amarillo (traición). Este es mi resumen, me quiere desde hace tiempo, pero con algunas tentaciones a las que ha sabido resistirse. Hay tanta variedad en el ramo que también podría interpretarse como que me va a hacer el amor como una bestia, y después se escapará por la misma ventana que las vieiras. Mejor pensar simple-

mente que es un hermoso ramo de flores. Saco un jarrón y lo lleno de agua.

—¿Tu pierna está mejor?

—Ya no me molesta al andar, pero todavía no puedo correr. Intenté hacerlo con una amiga y fue un fracaso. ¿Tú sigues corriendo?

—Pues la verdad es que últimamente no mucho.

«Mentiroso. Ten cuidado. Tengo un arsenal de vieiras dispuestas a atacar con solo una palabra mía.»

—¿De verdad quieres cambiar tu curro en el banco por el de la panadería?

—Sí, por lo menos durante una temporada. Creo que no tengo mentalidad bancaria. Además, no me apetece envejecer allí.

—Está bien tener el valor de cambiar tanto de golpe. Resulta impresionante.

Pongo el jarrón sobre la mesa y con un gesto lo invito a sentarse.

—Muchas gracias por las flores, de verdad.

Mira la habitación.

—¿Tu ordenador no ha vuelto a darte problemas, verdad? Veo que está encendido.

—Sí, gracias a ti. ¿Qué quieres tomar? Tengo ron, whisky, un oporto excelente. También un moscatel, cerveza y creo que me queda un poco de vodka al que si quieres podemos añadir zumo de naranja.

—Solo un zumo de naranja, por favor.

«¡Argghhh! ¿Qué voy a hacer ahora con todo ese arsenal alcohólico? El fregadero ya ha bebido demasiado y si lo tiro todo se va a poner como una cuba.»

—Perfecto, zumo de naranja. Yo también me tomaré uno.

—No te preocupes por mí si lo que quieres es tomar otra cosa.

«Perfecto, trátame de alcohólica en nuestra primera cita.»

—No, gracias. El alcohol lo tengo normalmente para las visitas.

Le sirvo y pregunto:

—¿Y tú, en tu trabajo?, ¿estás contento?

—No me quejo. En agosto suele haber menos lío porque todo el mundo se va de vacaciones, pero por otra parte también hay menos competencia.

«Buen intento, pequeño. Parece que dices la verdad pero te estoy observando y cada gesto de tu cara, por pequeño que sea, me va a confirmar si mientes o no. No, piedad, no me mires con esos bonitos ojos oscuros, debilitas mis poderes.»

Continúo con el interrogatorio:

—¿Y por qué decidiste instalarte aquí? ¿Tienes algún familiar?

—No, la verdad es que no. Me gusta moverme y me apetecía encontrar un lugar tranquilo. Con un poco de calidad de vida.

«Es hábil. El señor quiere jugar duro, pues que así sea. Pero créeme, no vas a salir de mi apartamento sin haber respondido a algunas preguntas tales como: ¿de dónde sale ese apellido tan extraño? ¿Qué ocultas en tu mochila? ¿Me amas?»

La velada empieza bien. Hablamos. Todo ocurre tal como lo he planeado salvo que Ric apenas desvela nada

sobre sí mismo. Las vieiras están en su punto, como él. Se relaja, yo también. Charlamos de películas, de cocina, de viajes. Nos reímos espontáneamente de vez en cuando. No hay ningún cambio en su risa, la mía, sin embargo, se va pareciendo más a la de una hiena cuya pata se ha quedado atrapada en una escalera mecánica. Sé que me observa. Yo intento no hacerlo hasta que no puedo resistirlo. Echa salsa en las vieiras y me siento al borde del enamoramiento.

Ojalá esta noche no termine nunca, quiero saberlo todo de él, qué espera del futuro. De vez en cuando sus silencios y sus dudas me demuestran que no está acostumbrado a hablar. Pero conmigo habla. Me sonrío, aunque no me cuesta imaginar que es más lo que calla que lo que dice. Si me fío de mi instinto, juraría que este hombre esconde algo. Si algún día llega a confiármelo, nuestros destinos estarán ligados para siempre. Me gustaría que el tiempo se detuviera, que no me abandonara nunca. No quiero dejar de sentir lo que siento en este instante, el deseo de entregárselo todo y que lo acepte.

Sin embargo, la mala suerte y el destino han decidido arruinarme una vez más este momento de felicidad. La violencia de la explosión nos arroja a los dos al suelo.

(...)

---